

F1233

.03

R8

Al Sr. Diputado Dn. Ramon Gurrman  
dedica este ejemplar en prueba de res-  
petuoso cariño

El autor.

**LOS JÓVENES ALUMNOS**

DEL

**Colegio de San Nicolas de Hidalgo.**



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

LA historia de los hombres filántropos es siempre sencilla y apacible. Le faltan las peripecias, las agitaciones, las aventuras que hacen interesante la de los que se han distinguido por las armas, por las exploraciones audaces ó por empresas arriesgadas.

La vida del guerrero es el curso del torrente que se despeña de los montes, desgajando árboles y arrollando los obstáculos que se presentan á su paso; en tanto que la existencia del sabio es la mansa corriente de un arroyo que va tranquila, fecundando la tierra y haciendo brotar flores por donde la vista solo contemplaba un desierto árido y triste.

A veces sin embargo, el hombre que por su ciencia se consagra á servir á la humanidad, aunque extraño á los horrores de la guerra, suele ser víctima de las pasiones políticas, solo porque proclama sus ideas á la sombra de una bandera bienhechora: á su lado ruje la tempestad de la envidia que, impotente para producir el bien, es por desgracia harto poderosa para sembrar la muerte con su hálito de destrucción.

Sócrates, Tomas Morus y tantos otros insignes filósofos que no tenían mas delito que soñar en la felicidad del mundo, cuando el mundo ni la comprendia, ni hubiera querido aceptarla, son el ejemplo de esta triste verdad.

México, nacion jóven, nacion llena de sufrimientos y víctima de los vaivenes políticos en los primeros años de su existencia como cuerpo social independiente, nos ofrece en la vida de Ocampo, una prueba mas de que el espíritu de partido, insaciable como el dios fatal del paganismo, devora sus propios hijos en una hora de criminal despecho y de funesta impotencia.

---

¿Quiénes fueron los padres de Ocampo? Una discrecion respetuosa, un acatamiento al silencio que sobre este particular se impuso siempre el mártir de Tepeji del rio, nos veda decirlo. Baste solo saber que su nacimiento fué el fruto de amores, ya que no legítimos, sí limpios de todo crimen. Su nombre debe estar registrado en una de las parroquias de la capital de la república, allá por el año de 1815. Su apellido, que no fué para él la herencia de nadie, es hoy una de las glorias nacionales, un timbre de esa nobleza que lega un hombre ilustre á la historia de su país.

Fué su madrina de bautismo la señora doña Francisca Tápia, dueño de la hacienda de Pateo en los alrededores del pintoresco pueblo de Maravatío. Aquella mujer, de una alma ardiente y generosa, dedicó toda su vida á la educacion del jóven Ocampo. Niño, le llevó á su lado; y allí, en las márgenes del fecundo Lerma, en aquellas poéticas colinas, en donde una Cérés exuberante premia cada año los trabajos del labrador, Ocampo imprimió á su alma el sello de un amor sin límites por la ciencia agrícola, que fué durante su vida su única pasion favorita, el elemento mas pode-

roso que tuvo “*para hacer á sus semejantes todo el bien posible.*”

En los primeros años de su permanencia en Pateo, aquel niño grave y meditabundo, se divertía jugando á *los jardines, á las siembras, á las tomas de agua, á las nivelaciones de terrenos.* Los peones le miraban con respeto, y su madrina entreveía para él un porvenir lleno de calma y bienestar, como es la vida que corre en el campo, agena á los trastornos políticos, dulce y dichoso estado que hizo decir á Fray Luis de Leon:

“Qué descansada vida  
La del que huye el mundanal ruido,  
Y sigue la escondida  
Senda por donde han ido  
Los pocos sábios que en el mundo han sido.

Ay! aquella tierna madre no sabía que la muerte, guiada por la mano de un asesino, vendría á arrancar un día á su hijo adoptivo de aquellas fértiles praderas, de aquel sonoro río, de aquel tranquilo lago, de aquel espeso y misterioso bosque, para conducirlo friamente al cadalso.

---

El niño Ocampo marchó á México, y allí bajo el cuidado y vigilancia de su tutor el licenciado don Ignacio Alas, entró á la escuela; era este un buen establecimiento, situado en la calle de la Aduana vieja, bajo la dirección de un respetable é instruido maestro.

Por esos días, la nación había recobrado su independencia, y en todas partes se respiraba el deseado ambiente de la libertad. Una vida social, preñada de esperanzas, comenzaba para el país; y aunque imperfectos, los principios del alma democracia, saturaban las conversaciones particulares, las lecciones de la escuela y los estudios del colegio. El púlpito mismo hacía resonar las bóvedas del templo con los himnos de la victoria de un pueblo. He aquí las impresiones primeras del corazón de aquel niño. Desde entonces su existencia estuvo siempre consagrada á su patria, desde entonces guardó inextinguible en el pecho el fuego de un santo patriotismo.

El seminario conciliar de Morelia era en aquel tiempo el mejor plantel de instrucción de toda la república. Había entonces en esta ciudad un clero instruido, laborioso, liberal, que

llenaba con su prestigio las aulas del colegio. Afluía de todas partes la juventud mexicana que escuchaba de los labios de los maestros los principios republicanos, que constituían el credo político de la época, época como se ha dicho, llena de esperanzas, no manchada todavía con los mezquinos intereses que más tarde se desataron como un huracán sobre la desgraciada patria. Nada extraño es en consecuencia que de este instituto clerical hayan salido grandes notabilidades del partido demócrata á desempeñar altos puestos en la federación y en los Estados.

Hemos entrado en estos pormenores, porque influyen también en la vida de nuestro Ocampo que venido de México, después de concluir sus estudios en la escuela, hizo en el Seminario de esta ciudad una brillante carrera, ocupando siempre los primeros lugares, respetado siempre de sus compañeros y considerado por los superiores de la casa.— Silencioso y meditabundo por naturaleza, se mantenía por encima de las burlas del colegial; pero cuando alguien quería molestarlo, disparaba sobre él una sátira terrible, á la vez que finísima, consiguiendo el doble objeto de alejar al importuno y de

no captarse un enemigo. Conocemos nosotros algunos de sus agudos chistes; pero los callamos, porque viven todavía las personas contra quienes fueron dirigidos.

Sin embargo del esplendor del Seminario y de su bien adquirida fama, la ambición del saber no tenía en aquel tiempo más horizontes que la profesión del abogado ó el estado eclesiástico. El señor Ocampo siguió el estudio de las leyes hasta obtener el título de bachiller en derecho. Entonces volvió á México para hacer la práctica en el bufete de un abogado distinguido.

---

No pasaremos adelante sin contar un detalle de su carácter que influyó decisivamente en el porvenir de su carrera.

La señora Tápia había muerto, nombrándole su heredero universal y haciendo el especial encargo de continuar hasta su conclusión un negocio judicial á que estaba afectada la hacienda de Patéo. El pleito se seguía contra un coheredero de la

testadora: se hallaba en estado de sentencia y era inconcusa que se obtendría un éxito favorable para el señor Ocampo. Cuando este vino de México, se informó de los derechos de su contrario y persuadido de que, cualesquiera que hubiesen sido los errores en la tramitación del juicio, en el fondo la justicia no estaba de su lado, contra la opinión y los deseos del abogado de la testamentaria, el señor Ocampo transigió el negocio y reconoció en su finca á favor de su contraparte un capital de veintisiete mil pesos.

El señor Ocampo no quiso concluir ya la carrera de abogado y se entregó con decidido empeño á los estudios de botánica, química, astronomía y agricultura para los cuales tenía una predilección llena de entusiasmo y de constancia. Entónces fué cuando adquirió los sólidos conocimientos en esas ciencias, que le grangearon en el país y en el extranjero su reputación de sábio naturalista.

Así iba corriendo tranquila en México la vida del señor Ocampo, agena á los embates de la política, no porque los destinos de su país le fuesen indiferentes, sino porque, extraño á la administración y enemigo del derramamiento de sangre, quería que sus

estudios llegasen á ser útiles á su patria por el aprovechamiento y explotación de las riquezas naturales.

Era la época en que se dieron á conocer los primeros síntomas de separación del importante territorio de Tejas, cuya pérdida para México no se debe mas que á la intolerancia religiosa y á la política exclusivista del partido conservador. No faltaban entónces patriotas llenos de valor y de fe, que provocando la zaña del hombre funesto, por cuya causa tantas desmembraciones ha sufrido nuestro antes riquísimo y estenso territorio, levantarán la voz en favor de los colonos de Tejas, mas bien dicho, en favor de los intereses nacionales.—Uno de ellos fué el señor Martínez Caro que reveló á la nación mexicana la oscura política de Don Antonio López de Santa-Anna y sus vergonzosos procedimientos en la acción de San Jacinto. Su folleto provocó la cólera del partido dominante y la muerte del folletista fué decretada. Una muerte misteriosa y traidora, segun la práctica de los hombres prominentes de ese partido.

Una noche se verificaba una tertulia de familia en la casa del licenciado Alas. Ocampo que ha-